

NUM. 453.-LUNES

Puntos de suscripción.

Véase al fin del número
En Madrid 12 rs. vn. al mes
En las Provincias, y en el Extranjero 20 rs. men-
suales, y 60 por trimestre, franco de porte
Ultranar 24 rs. mensuales y 70 por trimestre,
también franco.
Este periódico sale todas las mañanas y todas las
tardeas menos los lunes.

ADVERTENCIA.

La importancia de la cuestión que actualmente se
debate en el Congreso de los diputados, nos hace
dilatar hasta mañana la discusión de ayer. Da-
mos hoy por lo tanto este medio número extraordinario,
que creemos agradecerán nuestros suscritores.

PARTE POLITICA.
CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PIDAL.

Sesión del día 5 de diciembre.

Desde el principio de la sesión se observaba en los bancos
de los señores diputados numerosa concurrencia. Las tribu-
nas estaban enjambadas, como en los días anteriores. Al entrar
en el salón el Sr. Olózaga, se oyeron algunas voces de fuera
que sofocó el Sr. Presidente con suma energía.

Se abre á la una y media, con la lectura y aprobación
del acta anterior.

DESPACHO ORDINARIO.

Queda sobre la mesa un dictamen de la comisión de actas
proponiendo la admisión de D. Domingo Vela, diputado por
Granada.

Se da cuenta de varios nombramientos de comisiones, he-
chos por las secciones en su reunión del 23 del pasado.

Pasan á la comisión las peticiones presentadas á la secre-
taría del Congreso desde el 23 de noviembre.

Se lee un proyecto de ley para que cese en todos los pue-
blos donde exista el tributo conocido con el título de re-
lación ó franquicia que se paga á las clases militares.

Aprobado este proyecto por el Sr. Díaz Cid, su autor, es
tomado en consideración y vuelve á las secciones para el
nombramiento de comisión.

CUESTION INCIDENTAL.

El Sr. PRESIDENTE: Señores, antes de leer la órden
del día, creo de mi deber hacer una prevención á los señores
diputados. Hace tres días que estaba sobre la mesa una propo-
sición que daba motivo á un largo debate sobre los graves
acontecimientos de que los diputados tienen noticia. Este de-
bate se ha suspendido por haberse presentado proposiciones
incidentales, enmiendas y subenmiendas sobre el hecho de
salir si los ex-ministros debían ó no asistir á las deliberacio-
nes. Ayer acordó el Congreso, que los señores ex-ministros
quienes aluden asistiesen á estos debates, que se abrieran
desde luego; ayer, sin embargo, lei la órden del día para
hoy, que se reduce á la discusión de la proposición del Sr.
Posada, que pide que los Sres. Olózaga, Cantero y Lu-
zuñaga, no sean considerados como diputados, y quedan su-
jetos á reelección, y de otra del Sr. Sánchez de la Fuente,
que se pide que esta proposición pase á las secciones. De-
bo hacer esta advertencia al Congreso antes de entrar en el
orden del día, porque si queremos que se entre de lleno en el
debate principal, creo que puede conseguirse fácilmente,
puesto que las cuestiones de reglamento están superabundante-
mente debatidas, haciendo que estas proposiciones se apren-
den ó desaprenen en un breve tiempo. La que he referido
al principio, ha sido modificada posteriormente por sus au-
tores; pero el hecho es, que siempre ha existido una propo-
sición firmada para que se abriese el solemne debate que nos
espera.

Varios señores diputados tomaron parte, aunque ligera-
mente, en esta cuestión; y por último se decidió proceder
conforme proponía el Sr. Presidente.

ORDEN DEL DIA.

ACTAS.

Sin discusión queda admitido el Sr. D. Ramon Gonzalez
como diputado por Zamora.

CONTINUACION DE LA DISCUSION PENDIENTE SOBRE LA PRO-
POSICION DEL SEÑOR SANCHEZ DE LA FUENTE, RELATIVA A
QUE LA DEL SEÑOR POSADA PASE A LAS SECCIONES.

Usaron de la palabra en esta discusión los Sres. Roca de
Togores, Olózaga, Bravo Murillo y Corradi; pero circunscri-
biéndose á la cuestión reglamentaria sobre la oportunidad
ó inoportunidad de la proposición, sus discursos nada ofre-
cieron de notable.

Declarado el punto suficientemente discutido, se procedió
á votación; y verificada esta nominalmente, se desechó la pro-
posición por 82 votos contra 76, en la forma siguiente:

Señores que dijeron no:

Roca.	Mon.	Rivaherrera.
Nocedal.	B. Ayuso.	Moyano.
Posada.	Albarran.	Sartorius.
Salido.	Arment.	Amblart.
Elípe.	G. Carrasco.	Llorente.
Zaragoza.	Saavedra.	M. de la Rosa.
Burgos.	Montevirgen.	Cerrajería.
Lopez de Grado.	Díaz Cid.	Lizarraburu.
Pastor Díaz.	Vilches.	Churrua.
Castillo.	Caneja.	Azpiroz.
Tamames.	Portillo.	Romero.
Alfaro.	La Fuente.	Pita.
Balamonde.	L. Vazquez.	S. Toscano.
F. Negrete.	Castro.	Ariza.
O. de Tarancón.	Carrequiri.	Concha.
Escosura.	Rosales.	Alcar.
Mazaredo.	Robles.	Cabrera.
B. Murillo.	Abrial.	Leal.
Riv.	C. Collantes.	Medialdea.
Donoso Cortés.	Castilla.	Alva.
Salamanca.	Cezar.	Sabater.
Alazote.	Isturiz.	Cuadra.
Irabien.	Balbuena.	Romero Giner.
Cascajares.	Pratosi.	Moron.
R. de Olano.	Pitarque.	Salva.
G. Nandín.	Oliván.	Sr. P., Presidente.
Villagarcía.	Casa Irujo.	Total 82.
L. Ballesteros.		

Señores que dijeron si:

C. de las Navas.	Galvez Cañero.	Martín Suarez.
Madoz (D. F.).	Ramirez Arcas.	Alegre.
Alfaro.	Prat.	Andrade.
Abad.	Laberna.	Collantes (D. L.).
Llanos.	Tabuerna.	Arqueaga.

EL HERALDO.

PERIODICO POLITICO, RELIGIOSO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

Cañavate.
Corradi.
Marra.
Aguirre.
Alonso Ruiz.
Madoz (D. F.).
Obispo.
Diez Quijada.
Riáza.
Herrera Lopez.
S. de la Fuente.
España.
Pombo.
Lopez Pinto.
Moreno Lopez.
Bernabeu.
Plá.
Montalban.
Somoza.
Saavedra.
Alonso (D. J. B.).

Crooke.
Algarra.
Olózaga.
Núñez.
Paz Garcia.
Ayllon.
Sanchez Silva.
Lopez.
Caballero.
Cañizares.
Garrido.
Alcon.
Fernandez Alejo.
Cortina.
Cantero.
Burriel.
Garnica.
Garniel.
Alvarez.
Santana.
Onís.
Alday.

Collantes (D. A.).
Fernandez Cano.
García Jove.
Mendez Vigo.
Quinto.
Lobit.
Rodriguez Vera.
Gonzalez.
Ibars.
Bazán.
Norato.
Calvo y Mateo.
Ayualde de Izco.
Bendicho.
G. y Manrique.
Ors y Garcia.
Moras.
Gomez Sancho.
Verdú y Perez.
Total 76.

PROPOSICION DEL SEÑOR POSADA.

Continuó por consiguiente la discusión pendiente tambien
de ayer, sobre la proposición del Sr. Posada para que el Con-
greso declare sujetos á reelección á los Sres. Olózaga, Lu-
zuñaga y Cantero, y por consiguiente que no puedan tomar
parte en sus discusiones.

Hechas algunas breves observaciones acerca de ella, por los
Sres. Posada, Olózaga, y Quinto, retiró su autor la segun-
da parte, para que de este modo no se entienda que en-
viene contradicción con la del Sr. Quinto, aprobada ayer
por el Congreso, á fin de que se permita hablar á los seño-
res Olózaga, Cantero y Luzuriaga en los debates á que de-
be dar lugar el documento leído por el señor ministro
de Estado.

El Congreso aprobó la proposición en estos términos:

INTERPELACION.

El Sr. conde de las NAVAS: Señores, no se estrañe que
haya pedido la palabra en estos momentos para anunciar
una interpelación: porque solicito siempre por que se res-
peten las prerrogativas del Congreso, y especialmente las de la
mesa, no podía dejar de anunciar una interpelación. Esta la
ocasión un acontecimiento deplorable, aunque común.

Un celador de policía atacado de un accidente ha muerto
ahora en el Congreso: tratándose de asustarle, se ha visto
que todos los que le rodeaban eran tambien celadores de po-
licía que están en la tribuna, de órden de la autoridad. La
policía del Congreso, la parte de jurisdicción que al Con-
greso corresponde, está solo bajo la autoridad de su Presi-
dente; él es el responsable ante el país de todos los hechos
que aquí ocurran. Como individuo yo de la comisión del gobierno
interior, me he acercado al Sr. Presidente á referirle este
hecho. Ahora deseo que el gobierno diga con qué motivo la
autoridad ha usurpado el derecho y la obligación que com-
pete al Presidente del Congreso, mandando aquí esos celado-
res.

El Sr. ministro de ESTADO: La importancia del debate
que ya está anunciado, me impide contestar por ahora á la in-
terpelación que acaba de anunciarse; sin embargo, diré, que
creo que la autoridad está en su derecho de vigilar por me-
dio de sus agentes donde quiera que hay gran concurrencia
de personas, para ver si se altera el órden.

PROPOSICIONES ACERCA DEL DOCUMENTO LEIDO POR EL SE-
ÑOR MINISTRO DE ESTADO.

El Sr. PRESIDENTE: Se procede á la lectura de las pro-
posiciones anunciadas ya, relativas al grave debate que to-
dos aguardan.

Se lee: 1.º Una proposición de los Sres. Posada, Roca
de Togores, Salido y otros, pidiendo que el Congreso acor-
de que pase una comisión al Real Palacio á manifestar á
S. M. los sentimientos de adhesión y lealtad del Congreso,
con motivo de los acontecimientos que se refieren en el ac-
ta leído por el Sr. ministro de Estado, y que tuvieron lugar
en la Real Cámara en la noche del 28 del mes último.

Se lee tambien la proposición siguiente: Pido al Congreso
que se sirva acordar, que se abra discusión sobre el docu-
mento leído por el Sr. ministro de Estado en la sesión de
1.º de este mes, para que en vista de lo que resulte, se pue-
da entablar por el Congreso la acusación que pido contra mi
persona.—Olózaga.

Así mismo se lee otra proposición de los Sres. Plá y So-
moza, pidiendo que el Congreso se sirva declarar que no
ha lugar á deliberar sobre el documento leído por el Sr. mi-
nistro de Estado.

Siendo preferidas, según el reglamento, para discutirse con
anterioridad, las proposiciones de no haber lugar á deliberar,
se procedió á tratar de la de los Sres. Plá y Somoza.

El Sr. PLÁ Y CANCELA la apoya, fundándose en que
los señores diputados no pueden gozar de la libertad necesaria
para decidir sobre esta cuestión, y en que se desvirtuaría el
prestigio del trono poniendo en tela de juicio la veracidad
de las palabras de S. M. Concluye S. M. lamentándose de que
se haya redactado el acta que leyó en la sesión de anteayer
el señor ministro de Estado.

El Sr. ministro de ESTADO contesta á S. S., que llega-
das las cosas al punto en que se encontraba cuando se verifi-
có aquel acto, era indispensable proceder como se hizo,
porque habrían sido mucho mayores los males que se hubie-
ran seguido de guardar silencio. Y añade por último, que
no es culpa de S. S. nada de lo sucedido, sino de quien
pudo dar lugar á ello.

Púsose en seguida á votación la proposición y fue desecha-
da por el Congreso.

PROPOSICION DE MESSAGE.

Se volvió á leer esta proposición, firmada por el Sr. Posa-
da y otros diputados, de que ya se había dado cuenta an-
teriormente.

El Sr. POSADA (como uno de sus autores): No espere
el Congreso que al apoyar esta proposición, entre en el de-
bate de una manera tan franca, tan explícita como tal vez
conveniría: despues de haber oído á algun diputado que lo
impugne, lo haré contestando á las razones que presen-
te. Esta proposición es tan clara, versa sobre un asunto
de tanta importancia, que es imposible que el Congreso
en su sabiduría y en su amor al país deje de tomarla en con-
sideración. No, señores; estoy seguro que se considerará es-
to tal como lo merece la dignidad de la Reina, la dignidad
del gobierno y la dignidad del Congreso. Si existiera un go-
bierno absoluto, si estas cosas sucedieran bajo el poder real
como en otros tiempos regia, la persona que se le atribuye
á poner la mano sobre nuestra Reina, pagaría en el acto su
delito tal vez con su vida, en un cadalso ó á manos de un
caballero.

No estamos, señores, en esas circunstancias, no puede el
trono vengarse por sí de las afrentas que lo hacen: se vuelve
al pueblo y el pueblo debe vengarle porque ve en él una ins-
titución augusta, porque ve en él la base de su libertad, por
que ve en él el cimiento de su felicidad y de su porvenir.

El orador continuó usando de la palabra en apoyo de su pro-
posición, y preguntado si tomaba en consideración, se acor-
dó por la afirmativa.

Piden la palabra en tumulto muchos señores diputados.
Entre los que piden la palabra en pro se cuentan los seño-
res Roca de Togores, Bravo Murillo, Castro, Martínez de
la Rosa, Negrete, Churrua, Barrio Ayuso, Mon. Ariza,
Robles, Sabater, Carrasco, Salido, Burgos, Rey, Díaz Gil.
Entre los que la piden en contra se cuentan los Sres. Oló-

zaga, Madoz, Alonso, conde de las Navas, Cortina, Lopez,
Obispo, Alegre.

El Sr. OLÓZAGA: Jamás, señores, se habrá visto hom-
bre alguno en una situación tan difícil como la mía: nunca
con tanta razón habré acudido á la indulgencia, á la impar-
cialidad y á aquella santa imparabilidad que en momentos
tan críticos debe distinguir á los representantes de la nación
española. Por mucho que sea mi empeño en hablar de la
manera que todos desean, no sé si lo lograré, porque no
hay medios hábiles en mi entendimiento para conciliar como
es debido respeto á que no quiero faltar nunca, con los
deberes que mi posición me impone.

Empezaré diciendo que, aunque he pedido la palabra en
contra, no pienso usarla en este sentido. Se ha querido por
personas á quienes yo respeto, que hablase el primero en esta
discusión, y si no tuviera que dar las explicaciones que todos
esperan, no solo no tomaría la palabra en contra, sino que
si me fuera dado, la votaría. De cualquiera manera que
conste que ha habido un suceso desagradable para una per-
sona augusta, es el primer deber del Congreso de diputados
manifestar los sentimientos que le animan. Eso es lo que dice
el mensaje con motivo del acta, y en tal sentido no lo im-
pugnaria nunca. Encuentro que en la redacción del mensa-
je ha habido toda la circunspección posible para presentar
la cuestión bajo el aspecto mas conveniente; pero no me to-
ca á mí decir si debe aprobarse en estos ó en otros térmi-
nos.

Lo único que espero yo del Congreso, lo que no dudo me
será por todos concedido es, que puesto que hablo desde este
sitio, mis palabras serán consideradas como las de todos los
diputados, pues no puede creerse de su lealtad que fueran á
poner en falsa posición al que hablara entre ellos, y luego
pudieran sacarse consecuencias legales ó no legales, diferentes
de las que se sacan cuando hablan los señores diputados.

Reconociéndose que son tan inviolables las palabras por
mi pronunciadas, como las de todos los individuos del Con-
greso, para entrar con toda libertad así como con la mesura
conveniente en estas gravísimas explicaciones, me propongo
decir lo menos que me sea posible sobre el suceso principal
que llama la atención del Congreso y del país; y todo lo que
en eso tenga de sobrio, tendré acaso de difuso en antecedentes
y explicaciones que son absolutamente indispensables.

Tengo que recordar al Congreso, que no ha sido con el
carácter de ministro con el que he tenido la honra de pe-
netrar recientemente en palacio. Me hallaba yo en las pro-
vincias vascas, donde menos empujada se mostraba la
lucha que fue preciso sostener este verano último, cuando
merecí del gobierno provisional, en nombre de S. M. la
Reina, que se me llamara por un correo extraordinario,
mandándome y rogándome al mismo tiempo que viniera á
mandatamiento: lo hice en efecto, y con gran repugnancia,
pues mi resolución firme era no haber venido hasta que las
Cortes se hubiesen reunido: todos saben que he sido, soy
y pienso ser siempre hombre de parlamento, y nada más.

Vine á la corte, y no pude resistir á mandatos, insinu-
aciones, ruegos de amistad y de patriotismo para que yo acce-
ptase un cargo muy honorífico cerca de S. M. Debo decir,
señores, que las razones principales que determinaron al go-
bierno provisional á que aceptara yo ese cargo, y me mo-
vieron á vencer mi repugnancia, fueron las unas propias de
aquella situación: conocidas de todos son, pero menester es
recordarlas. El gobierno provisional tuvo que tomar sobre sí
la responsabilidad de admitir la renuncia de un tutor
nombrado legítimamente por las Cortes: procedió tambien
al nombramiento de otro en la forma posible, pero no re-
sistiendo de las facultades que tenía el que las Cortes
nombraron, sino combinando lo que debía pesar sobre la res-
ponsabilidad del gobierno, sobre la suya y sobre todos los
que le ayudasen á llevar la carga. Habían concurrido todas
las opiniones políticas que caben dentro de la Constitución
al desenlace de la anterior crisis, y se creía conveniente
representar la garantía de estas opiniones en los diversos
puestos del Estado. Se había procedido por el tutor, nom-
brado por el gobierno provisional, á hacer nombramientos
muy importantes, de la mayor trascendencia para personas
con acceso libre, con influencia eficaz cerca de la persona
de S. M. Yo, señores, tuve que admitir un cargo, y que
tener una investidura suficiente y funciones tambien muy
respectables, como en oposición, vigilancia é inspección po-
lítica de lo que por otra parte se había hecho.

Este fue el carácter, la misión difícil, desagradable, de
éxito casi seguramente malo, que yo por patriotismo y de-
ferencia al gobierno provisional tomé sobre mis débiles hom-
bres. Como he procurado desempeñar, no me toca á mí de-
cirlo. Pero no puedo menos de manifestar al Congreso que
mi primer cuidado, el empeño de todos los días y de todas
las noches ha sido completar la educación política que me
estaba encomendada, insistiendo una y mil veces en que no
hay monarquía constitucional posible, si los reyes oyen si-
quiera hablar de política á otras personas que á los ministros
responsables, si los reyes ven que pueden ceder á los afectos
privados, á los consejos de las personas que mas estiman, en
vez de ceder á los de los hombres que el país interese en-
tre los reyes y el pueblo. Es ingrata esta tarea, señores, é
imposible desempeñarla bien, no para quien se dirige digna-
mente, sino para las personas que los escuchan y no sienten
eso: en su corazón no creo que sean perdidas esas lecciones,
no creo que esos consejos, esos ruegos hayan quedado sin
efecto: al contrario; de tanta bondad, de tanto candor, de
tan sincero é innato deseo del bien de los pueblos, unido á
las lecciones en interés de estos y de la estabilidad del trono,
me prometió que han echado hondos raíces, que no será fácil
arrancar de donde conviene que existan.

Pasé, señores, así ese tiempo con el intervalo que todos
saben, y encontré particularmente la mas alta recompensa
que podía encontrar por el desvelo é interés que me había
procurado corresponder á la confianza que en mí se había de-
positado. Concluyó de esa manera para mí esa época, reu-
niendo contra mí gravísimas prevenciones, contándose como
representante de ideas contrarias á las que han sido domi-
nantes en ciertas regiones, como representante de los adversa-
rios de ciertas influencias que se creen legítimas por sí faci-
les, y luchando con todo lo que puede el espíritu de clase,
la tradición, antecedentes respetables, y con otra cosa peor,
con artes en que soy muy extraño, en que la franqueza y la
lealtad no pueden hacer progresos, aun cuando emprendiese
tan desagradable carrera. De esta manera y con estas desven-
tajas, con esta prevención he tenido que empezar á inter-
venir en los negocios del país y que entrar con otro carácter,
mayor tambien é importante, en el Real alcázar.

No me toca á mí decir si las prevenciones de que he hecho
ligera mención, habían producido ya tal efecto, que pu-
diera creerse que yo fuera llamado á organizar un ministe-
rio: lo que debo asegurar es que debí á la amistad del gobier-
no provisional este honor triste de ser designado para dirigir
los consejos de la corona. Y entones, señores, los ministros
de que hablo y yo tuvimos ocasión de observar cuánto era la
oposición, cuánto era el interés que de cierta parte había pa-
ra que no se formara un ministerio de las personas de prin-
cipios en que debía yo buscar natural apoyo.

Propúsoseme que me concertara para esto con cierta per-
sona que no debía formar parte del ministerio; la respondí que
me haría grande honor en llamarme para eso; pero que no po-
dría corresponder á la confianza que en mí se depositaba, sin
tener en todo la libertad conveniente; y en presencia de una
augusta persona manifesté, que si yo me encargaba del mi-
nisterio nadie había de ocuparse de este asunto mas que yo,
que había sido y soy hombre que tiene fe, y fe exclusiva en
el gobierno representativo, y que á amistades antiguas, á re-
laciones privadas, á consideraciones de partido, á todo había
faltado, cuando creí que la última regencia se desviaba de
este camino, no tuve otro motivo que el de creer que relacio-
nes privadas é influencias secretas que se advertían en cierto

círculo, que tiene en castellano su nombre propio, estorba-
ban que se gobernara constitucionalmente.

Fui en efecto llamado yo solo, como había insinuado, para
preponer lo conveniente sobre formación de ministerio. No
dejé de indicárseme que podría haber otra persona que ca-
sualmente ó de cualquier otro modo coincidiera allí con mi
presencia; dije que no tenía inconveniente en que se me vie-
ra, pero que lo tenía en todo lo demás. Se me hicieron
particularmente indicaciones sobre un ministro, que rechazé
completamente, y dije como debía decirlo, que todos los mi-
nistros habían de ser de mi particular confianza y que no ha-
bían de tener motivos de deferencia hacia ninguna persona
fuera del ministerio: que yo no quería ser ministro, pero
que mientras lo fuera había de mandar con mis compañeros
y que no había de penetrar por las puertas del consejo de
ministros ninguna otra persona, por caracterizada que fuese,
ni habían de conocerse los proyectos del gobierno sino por
las órdenes que se dieran. Esto parecerá duro á algunos, mas
tal es el ídolo de toda vida política: á él no he faltado
nunca, ni faltaré jamás, y no por amor á mi opinión, sino
porque sé que entre los principios de retroceso que pudieran
llevarnos á otra parte, no hay mas medio para conservar el
trono constitucional que regirse por este principio, y adular
torpemente; y sirven mal á los reyes los que les hacen creer
otra cosa.

Acepté, pues, mi encargo, en los términos tan explícitos
en que yo podía admitirlo, y añadí que ninguna persona po-
dría estar sirviendo de cerca á la augusta que me honraba
de tal manera con su confianza, si se mezclaba en los nego-
cios del Estado; y esta amenaza, que yo hubiera cumplido, es
una indicación que no quiero llevar mas adelante, pero que
se dejará comprender con lo que he dicho.

Empecé bajo estos auspicios á buscar mis colegas para el
ministerio: no quiero contar lo que hace referencia al em-
peño que mostré como cumplía á mi convicción y á mi amistad
para que continuasen los anteriores ministros; mas no puedo
pasar en silencio un hecho que se enlaza y coincide con la
salida de esos señores y la entrada mía. En el mismo día en
que debíamos decir definitivamente á S. M. si dichos señores
continuarían ó me vería yo por primera vez en la necesidad
de acallar todas mis reflexiones, ocurrió un hecho que mere-
ce ser conocido.

S. M. celebraba en el siguiente día la solemne declaración
de las Cortes de su mayoría de edad, y después del obsequio
que con tanta bondad hizo á los cuerpos colegisladores, quiso
hacer otro á los embajadores de las potencias acreditadas cer-
ca de su real Persona. Era este convite absolutamente diplo-
mático, sin que debiese concurrir á él nadie mas que los
embajadores, y como es costumbre, los personajes mas ca-
racterizados del cuerpo diplomático español: había personas
muy dignas que podían ser invitadas, pero el rigor de la
significación del convite no lo permitía.

Esto no obstante, se supo que se trataba de convidar á
una autoridad. De comun acuerdo el ministerio saliente y el
único ministro entrante, dijimos que un convite de esa clase
tenía significación política, y que debía proponerse que ó no
se verificara esa escepción, ó que se dictara para que se con-
siderara como regla. En efecto, se encontraron dificultades
que se nos manifestaron y oímos siempre con profundo
respeto, de las cuales provino el último acuerdo, y recibí
una sanción que fue ejecutada plenamente, concurriendo al
convite otras autoridades populares.

Empezando en seguida de esto, y aun al mismo tiempo,
las diligencias para formar el ministerio; en el segundo día,
hallándome en la secretaría de Estado venciendo repugna-
cias naturales, y estableciendo principios para lograr la uni-
formidad conveniente, fui sorprendido con un recado que
me honraba mucho, pero que no acertaba bien á interpretar
entonces; habiendo acudido puntualmente, como era mi de-
ber y mi gusto, mi sorpresa subió de punto cuando se me
dijo que era menester que formara el ministerio pronto por-
que sino había otra persona que lo hiciera. Véase, señores,
con qué dificultades, con qué oposición, con qué ministerio
enfrente empezó á formarse este de tan breves días; y si yo
hubiera creído que ese otro ministerio que estaba tan prono-
to á ser formado, llevaba ademas de la ventaja de la bre-
vedad, las que nosotros no podíamos dar al país, hubiera ido
á mostrar mi agradecimiento para retirarme á mi casa y
no caer en un lazo semejante.

Empezó, señores, el nuevo gabinete: no es del caso hablar
de sus actos; bien conocidos son: podía equivocarse y no me-
recer la confianza del país: pero estaba seguro, no solo de la
lealtad de sus intenciones, sino de la imparcialidad de sus mi-
ras y del empeño decidido de no recibir leyes de ningún par-
tido y de dar á cada uno lo que le pareciera justo: podría
no encontrar apoyo simultáneo en los partidos, pero no creo
que sea fácil ni dado á personas tan pequeñas como yo hacer
oír la voz poderosa del gobierno, y sacar del país una masa
imponente que pese mas que los partidos; pero no encontraba
otro camino de salvación que ese. Entretanto se empleaban en
contra suya medios singulares, que no me es dado revelar; pe-
ro que tampoco puedo callar en todas sus partes. No hablé
sino de hechos materiales, ostensibles, acaso no bastante
significativos; pero á ellos tengo que atenerme por los deberes
de mi situación, por el respeto al trono constitucional y al
interés de mi país, absteniéndome de decir, lo que solo diré si
á ello se me provoca.

Al segundo día de la existencia del ministerio, los individuos
que le componíamos, tuvimos el alto honor de ser invitados
por S. M. á acompañarla á uno de sus reales sitios. Nos pre-
parábamos gozosos para disfrutar de esta honra, cuando un
suceso de poca gravedad, y conocido de todos los diputados,
bizo que prudentemente se suspendiera el viaje, no porque hu-
biera ningún peligro, sino por inspiración que debimos acat-
tar: trocose el honor á que se nos había invitado por una au-
gusta persona, por el singular de comer á su real mesa. De-
signóse la hora para ello; dejamos los públicos negocios y
acudimos con la exactitud natural.

Por persona que muy de cerca tiene la honra de estar sir-
viendo á S. M., se nos dijo que tenían que darnos un chasco,
pues aunque estábamos convidados no había comida, y por
no haberse entendido bien las órdenes no podía tener lugar
lo que se nos había ofrecido. Señores, cualquiera otro, y aun
alguno de mis compañeros, sin mas antecedentes, hubiera
dicho: "no importa, otro día disfrutaremos de esa honra."
Mas yo, que sabía la falsedad del motivo que había sido
pretextado á S. M., y tuvimos el honor de oír de sus reales
labios, tomé sobre mí el decir: "nosotros no venimos aquí
deseosos de alimentarnos en esta ó en la otra mesa, sino an-
siosos de disfrutar de la honra que S. M. nos dispensa sen-
tándonos á su mesa; S. M. comerá y nosotros la veremos."
Esta resolución mía hizo que en efecto se verificara la honra
que se nos había anunciado, y la suerte hizo que se nos sir-
viera una comida la mas abundante que podíamos ver en se-
mejantes circunstancias. Pequeño es en sí el incidente; pero
cuando se citan cosas de esta especie, se podrá reconocer el
deseo de evitar otras citas que no pueden ser tan inocentes
en sí mismas.

Sin embargo, aun tengo que indicar hechos de otra natu-
raleza. Se había establecido la costumbre de que personas
que no tenían el honor de ser consejeros de la corona, en-
trasen á tratar separadamente con S. M. de lo que tuviesen
por conveniente. Creí de mi deber recordar como ministro
lo que con otro carácter había ya manifestado á S. M. El
ministerio en que yo me hallé no puede consentir que la per-
sona mas alta del Estado trate de política con la Reina cons-
titucional. Esto produjo el resultado que debimos prometer-
nos y nos prometimos de seguro.

Sin narrar mas de esos hechos, vengo al momento en que
el Congreso creyó que debía nombrar como presidente á un
individuo, cuya elección aplaudí yo como particular, pero
que colocaba en falsa posición á un ministerio compuesto de
personas que habían pertenecido al partido progresista, y

que habían sido creídas buenas por algunos, no pudiendo yo creer fuese con la esperanza de que se hicieran instrumentos de otras miras: por nuestra propia cuenta entramos en el ministerio, por ella estábamos allí, y por ella hemos salido. Ninguna hubiera sido la significación política de esta elección, si no hubiera coincidido con las cosas interiores de que he hecho alguna mención; pero recordamos lo del ministerio que estaba pronto, las indicaciones que se habían hecho cuando no pasó la crisis de cuatro días, la separación anunciada por escrito, de persona que creía poder influir en la consideración de este u otro ministerio, y reuniendo otra porción de antecedentes que debíamos pensar, creímos que estaba próximo el día, y que no se tardasen acaso dos, en que por una parte hubiese un voto significativo en daño nuestro en el Congreso, y por otra parte preparado el ministerio que nos debía haber reemplazado. Si este ministerio hubiera podido hacer el bien del país según lo entendíamos, nos hubiéramos retirado; pero creímos lo contrario y debimos cumplir un deber sacrificándonos por el bien del país.

Este fue el pensamiento de un decreto de disolución de Cortes. Dos partes muy diversas hay que considerar en este decreto. Sobre una será explícito: sobre la otra caminaré con paso lento y con toda moderación, interin no se me dirijan palabras de aquellas que no hay hombre honrado á quien se le estampen en su rostro.

Se dirá, ¿por qué tener antes que llegara el caso un decreto de disolución? Puede esto hacerse? Debe hacerse? Se puede presentar este caso al rey constitucional. Conocido el ministerio que le aconseja, conocidas las cámaras por su mayoría; si en breves días, si inmediatamente ocurre un caso de conflicto entre las cámaras y este ministerio ¿hay confianza bastante en este ministerio para poder decir desde luego al monarca, que podrá usar de la prerogativa cuyo uso se le aconseja? Sé que dirían muchas personas que sería mejor aguardar á que el caso llegara, y hacer á la corona juez, y que ella escogiera. Pero esta doctrina exige la explicación de otra doctrina, exige la no influencia de personas estranjerías, la libertad de la corona. Cuando no median esas circunstancias, es imposible pedir las otras. Así sin insistir mas en esta cuestión, se pudo creer y se creyó que se podía hacer uso de la prerogativa en ese sentido: que para impedir amagos é intrigas en momentos dados, si se merecía la confianza absoluta, se podía obtener un decreto de esa especie, y se obtuvo. Pero, ¿cómo? Aquí repito mi firme propósito de guardar todas las consideraciones que pesan sobre mi alma, como también repito la necesidad que puedo tener de la tolerancia de los señores diputados.

Antes de entrar en esta delicada materia, permítame me será rechazar las expresiones que no creo que se hayan dicho deliberadamente «de que es menester escoger entre una Reina y un hombre.» Eso, señores, es un sacrilegio político! Yo abono la intención con que se difiera: no hago inculpación de ninguna especie, no es ese mi ánimo en este día; pero á mi me toca mas que á nadie decir, que bajo mi cabeza, reverente, ante esa augusta persona y no puedo conceder la comparación. No me ganará nadie en este profundo acatamiento al poder salvador de los pueblos modernos, que conservando el prestigio, la fuerza de la antigüedad, logra amalgamarse con los adelantos de la época. Yo doy el mayor acatamiento á lo que los siglos nos legaron y á lo que es preciso para los siglos venideros conservar.

No, señores, yo no soy nada; en ningún hombre hay instituciones, en ningún hombre hay poder y fuerza ninguna que admita término de comparación ni próxima, ni lejana. Yo señores, bajo mi cabeza, reverente, como he dicho no solo al poder, sino al uso que la persona haga de las instituciones: yo me doy en holocausto de ese poder: yo doy mi vida ¡y con que gusto la daría! si afirmase de esta manera un poder que con la Constitución salvará al país (¡Doy mi vida con entusiasmo!) en lo que valga como hombre entendido, en lo que valga como hombre público! Pero mi vida (afectado, señores, mi honra, es este sentimiento de mi conciencia, que me ha hecho vivir siempre conmigo tranquilo y contento! (Prorrumpiendo en llanto) Mi vida es, señores, la que debo á un padre honrado! Mi vida es la que he pasado con el hermano de mi corazón! Mi vida es la de mis amigos (oprímido por el llanto) es la de mis compañeros que me han creído hombre de bien, incapaz de faltar á mis deberes! Y esta vida (esforzándose) ya no la puedo sacrificar ni á la Reina! ni á Dios! ¡ni al universo entero! ¡hombre de bien debo parecer ante el mundo, aunque fuera en la escalera de la horca!!! (Las galerías prorrumpen en gritos de bien, bien. Los aplausos se redoblan. Se oyen gritos de fuera, fuera.)

A todas partes voy, señores; todo lo hago; todo sacrificio acepto, menos el de pasar por hombre indigno, por hombre capaz de un atentado que horroriza solo el pensarlo. Señores, yo suplico al Congreso que vea los altos fueros de la dignidad real; que considere su alta misión y los beneficios que hace al país, pero que no insista en esta cuestión por espíritu de partido, ni por miras personales, ni por motivos particulares de ninguna especie; que mire la inocencia de un hombre, que puede aparecer lo que no es, á costa de su vida, y hacer extensivo este gran daño en una familia que adora y no tiene mas patrimonio que su buen nombre.

Mientras tanto, señores, y de la manera que me sea posible, y siendo testigo de mi sinceridad el estado en que el Congreso advierte que estoy, no puedo menos de decir lo menos que decirse puede, sin tocar á lo que no debo tocar.

No puedo menos de manifestar que en cumplimiento de mi deber, fui la noche del 28 del pasado mes á despachar los negocios que estaban prontos en el despacho del ministerio de Estado: que subí á la hora y en los términos acostumbrados á la firma: que llevaba todos esos decretos en la cartera que me seguía como siempre un portero; que estaban en la Real Cámara las personas á quienes por obligación incumbía estar allí: que se pasaron los decretos oportunos, y que empezó el despacho ordinario. Eran muchos los decretos, y escusado es decir que la inocencia no se cuida de buscar detalles y pormenores que no necesita: eran varios los decretos que iban referendados para aquella noche, los lei como debía leerlos, viniendo alguna impaciencia natural, que no debo decir mas; se rubricaron como debían rubricarse. Luego que pasó el despacho, hubo ocasión de ocuparse de otros incidentes que pedían algún tiempo. Se me dió una nota ó apunte sobre las circunstancias recomendables de cierta persona á quien se deseaba premiar sus servicios con una condecoración.

Mereció una fineza, que no porque no fuese la primera era de menos importancia para mí, un recuerdo para lo que hace todas mis delicias, un recuerdo para mi niña, el cual la ha sido entregado delante de personas que no necesitan atestiguar, porque siempre he sido creído como honrado y como caballero, pero que podrían hacerlo en caso necesario. No creo que pasará de un cuarto de hora el tiempo que se invirtió en la firma y demas que he dicho, y en el ministerio de Estado se encontraron los decretos. Calcúlese el tiempo necesario haciéndolo con la delicadeza y atención á que jamás he faltado, calcúlese, repito, el tiempo y la situación en que esto pasó y el honor y la dignidad al mismo tiempo la familia del ministro responsable. Despues de todo eso, calcúlese por el país lo que de ello debe pensarse.

Pero supóngase, señores, que un ministro que tiene interés en hacer adoptar una medida que encuentra una resistencia mayor ó menor: supóngase que no es indolente este hombre y razón y de medios de hacer valer, considerésele, por alguna experiencia siquiera, que sabe decir sus ideas, y algunas veces tiene la fortuna de hacerlas aceptar por los que antes insistían de ellas; dese la mediana moralidad que necesita, y menos prudencia que sea necesaria, y dígame, si para adoptar una medida semejante, ¿no emplearía la discusión y los zomamientos convenientes? Juzguese, si es lícito juzgar de los medios de la razón, y dígame si es no es consiguiente, natural y preciso que se empleasen esos medios para vencer una repugnancia.

Yo no me quiero poner, señores, ni por un momento, ni en la hipótesis mas gratuita en el caso que otros hombres se teniendo intenciones semejantes emplearan otros medios: confieso que no se me había ocurrido; pero tanto se habla y tanto se dice, que muchos repiten naturalmente, que la impaciencia natural de examinar prolijamente todo que firmamos, ¿no es mas fácil hacerse con un documento mejante, empleando ya los medios de la discusión, ya otros medios que no quiero nombrar.

Pero ni lo uno ni lo otro es todavía lo que mas claramente debe hacer ver la situación de un hombre á quien en críticas circunstancias se coloca. Puede un malvado, sin timor y sin moralidad, sin respeto ni á su persona ni á su posición intentar un golpe de mano. ¿Cuándo? Cuando se vea conseguido su objeto se dice despues: «¡juzguese no se quera del medio, que el fin se ha conseguido ya.»

Pero cuando no se puede tener ese objeto, cuando la experiencia demuestra que ese no es, que ese no ha sido, ¿se pueden emplear medios opuestos á la intención que se supone? ¿Cabe emplear ciertos medios, y que haya luego la tranquilidad y la calma de la conciencia en el que de tal manera ha obrado? Piénsenlo los señores diputados: examinen tranquilamente su conciencia y vean si aun cuando sean superiores en medios intelectuales, aunque les ceda yo todo lo que no sea honradez y amor á mi país, ¿si alguno emplearía medios tan contrarios á la razón, al interés y á lo que se debe suponer que sería?

El Sr. PRESIDENTE (interrumpiendo al orador): Son pasadas las cuatro horas de reglamento y se va á preguntar al Congreso si se prorogará la sesión.

El Sr. OLOZAGA (citando para mañana á la discusión pendiente).

Eran las cinco y cuarto.

EL HERALDO.

MADRID.

LUNES 4 DE DICIEMBRE.

Terminaron en fin las cuestiones que embarazaban el solemne debate que está pendiente en el Congreso; terminaron afortunadamente, aunque no sin trabajo, declarándose de una vez que el Sr. OLOZAGA y sus compañeros no son diputados. Ansia teníamos de oír al acusado, aunque no fuera mas que por que nuestro espíritu sufre horriblemente mientras dura esa cuestión grave y trascendental. Fácil nos fuera rebatir cuanto el Sr. OLOZAGA espone al defenderse de la terrible acusación que sobre él pesa. No lo haremos, sin embargo, porque enfrente de un hombre que llora, la espada y la pluma se cae involuntariamente de la mano. Algo tenemos que decir, á pesar de nuestro propósito, en cumplimiento de un deber, del que no nos es dado prescindir. El Sr. OLOZAGA fue escuchado ayer en medio de un religioso silencio por parte de los diputados, dando estos con su imposibilidad un ejemplo loable de tolerancia. Despues de haber sentado el principio de que el señor OLOZAGA podía hablar, era preciso observar esa conducta.

En cuanto al Sr. OLOZAGA, estubo menos altanero que los días anteriores, como si la reflexión le hubiese hecho conocer lo crítico y desesperado de su situación. Con todo, no es fácil perdonarle que no se haya resignado á llorar en silencio los efectos de su falta, antes que contradecir directa ó indirectamente unas palabras que para él, como para todos, deben ser sagradas.

En la primera parte de su discurso, salpicado de narraciones triviales, inconducentes y de alusiones que no queremos calificar, en la primera parte de su discurso, preñado de retencencias malignas, el Sr. OLOZAGA se afanó en probar que una augusta Persona estaba rodeada de una camarilla. Los que saben, como nosotros sabemos, las atenciones que se tributaban en palacio al Sr. OLOZAGA, el ascendiente casi incontestable que allí ejercía, dirán si son exactas esas especies que para su defensa ha creído necesarias el ex-ministro. Nosotros tenemos pruebas, nosotros tenemos datos que en su caso presentaremos, los cuales demuestran, que la única influencia valedera en aquellos altos lugares era la del Sr. OLOZAGA. Si allí había camarilla, la constituía el Sr. OLOZAGA, única y exclusivamente. Ojalá que esto no fuera cierto, que entonces ni el Sr. OLOZAGA se encontraría en la triste situación en que hoy se encuentra, ni nosotros deploraríamos las consecuencias de un suceso como el que preocupa todos los ánimos.

El ministro exonerado se creía señor absoluto en aquella elevadísima region, y de familiaridad en familiaridad, de desacato en desacato, llegó naturalmente á ejecutar esa grave ofensa con la augusta Heredera de los Reyes de Castilla. Era tal el predominio que el ministro había llegado á adquirir en palacio, que estamos seguros que el mismo no dió importancia ni creyó que podía nunca tener trascendencia el modo desusado con que arrancó el decreto de disolución.

Para los que tuvimos la alta honra de asistir al convite regio, para los que presenciamos cierta falta de respeto hacia una augusta persona, que promovió generales murmullos de desaprobación en cuantos allí estaban, no ha sido, en verdad, una sorpresa lo que privadamente ha sucedido, puesto que en público el Sr. OLOZAGA estaba muy lejos de observar las reglas de la etiqueta.

Estas observaciones podrán caracterizar la índole del acto de que se ve acusado el Sr. OLOZAGA; porque S. S. no ha cometido, en nuestro concepto, un crimen premeditado de violencia, sino que irritable por carácter y acostumbrado á unas libertades que el decoro debido á la Magestad no tolera, se olvidó en un momento crítico que era REINA, y REINA de España, la que trataba con menos respeto acaso que el que se tributa á cualquiera dama.

El Sr. OLOZAGA desplegó ayer toda la habilidad de que es capaz, que es mucha; á pesar de todo sus argumentos fueron débiles, y tanto que aun sus amigos lo reconocieron. ¿Ni cómo había de justificar el hecho de arrancar el decreto de disolución, para usar de él cuando á cuento le viniese? ¿Es esto constitucional? ¿No es una usurpación violenta? La intención con que tan anticipadamente se provea de esa arma, no era otra, no podía ser otra, que asegurar la ejecución de la medida, aun cuando llegase un momento en que el jefe del Estado la creyese perjudicial. El Sr. OLOZAGA no podrá negar que desposeyó á la Corona de la mas alta de sus prerogativas. Por eso S. S., al tocar este asunto, pasó ligeramente por encima de él, como el que pisa carbones encendidos. Tampoco es dado

al Sr. OLOZAGA defenderse de la nota de ingrato al disolver unas Cortes que lo habían elevado á la altura de donde ha caído. Y por qué disolverlas? Por el temor remoto de que esas Cortes, sin las cuales no hubiera sido ministro, le negasen su apoyo. Juzguen los hombres imparciales y califiquen en seguida al Sr. OLOZAGA. En vano alega razones fútiles, hechos desconocidos; nosotros les contraponemos la conducta pública y solemne de la mayoría del Congreso, cuya generosidad y buena fe y sin igual abnegación, resaltan al lado de tanta ingratitud. Nada queremos decir respecto á las doctrinas que el Sr. Olozaga asentó, porque esto nos llevaría demasiado lejos. No hay Visir, no hay Bajá, cuyo omnímodo poder sea comparable con un ministro constitucional, tal como lo concibe el publicista á que nos referimos. Hoy debe continuar su discurso el Sr. OLOZAGA, aunque probablemente tendrá ya poco que esponder.

Al fin el Tribunal supremo de Justicia ha confirmado las esperanzas que concebimos en su rectitud y en su imparcialidad. El fallo dado por la audiencia de esta corte sobre las causas formadas á consecuencia del atentado contra el general NARVAEZ, ha sido destruido completamente por la Sala segunda del Tribunal supremo, que ajustándose á la ley y á la práctica no interrumpida hasta el día, ha estado de acuerdo con el auditor, con el juez de primera instancia, con el fiscal de la audiencia y con nuestra humilde opinión. Felicitamos á los dignísimos magistrados que tan rectamente han administrado en este caso la justicia, y á los señores ELOLA, SERRANO y MADRIZ, que han visto al fin triunfar sus esfuerzos, por que prevaleciese la mas estricta legalidad.

Ha aquí el auto á que nos referimos:

Señores de la Sala segunda, Macia Leopart, Olavarieta y Castejon: «Se declara corresponder el conocimiento de la causa formada con motivo del atentado cometido contra el capitán general de este primer distrito, D. Ramon Maria Narvaez, en la noche del 6 de noviembre último, á la que está acumulada la principiada en el mes anterior de octubre contra Bruno Fenix y otros, por sospechas de haber proyectado asesinar al mismo capitán general, AL JUZGADO DE LA CAPITANIA GENERAL DE ESTE PROPIO DISTRITO, y en su consecuencia devuélvase á dicho juzgado las actuaciones que remitió acompañando las del de primera instancia que despacha D. José Serrano y Leon, para su continuación conforme á derecho. Devuélvase igualmente á la audiencia territorial de esta corte las que se le mandaron remitir en 29 del mismo noviembre. Y lo acordado. Madrid 1.º de diciembre de 1843.

Anoche se reunieron en la plazuela de la Villa grupos numerosos que dieron los gritos de *Viva el regente! Viva Espartero! Viva la milicia! Muera Narvaez! Muera la guarnición!* Gracias á la actividad y energía de las autoridades, los grupos se disiparon, no sin causar alguna desgracia. La turba amotinada fue la agresora, disparando trabucos y pistolas á algunos oficiales que acudieron en el primer momento.

Daremos mas pormenores acerca de este significativo suceso tan luego como los adquiramos. Por hoy solo diremos que esos son los hombres con los cuales se quiere entablar alianzas; esos los que se trataban de armar de nuevo. No es extraño que tan audaces se muestren, pues en verdad no les falta estos días motivo para cobrar aliento.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.—El Excmo. Sr. ministro de Estado, con fecha de ayer, me dice lo siguiente:

CIRCULAR.—Nombrado por S. M. en esta fecha ministro de Estado en propiedad y notario mayor interino de los reinos, he asistido de oficio á la solemne declaración de la Reina, que aparece en la adjunta copia certificada del acta de la misma, que remito á V. S. de real orden.—Al propio tiempo me manda S. M. prevenga á V. S., por no hallarse provisto el ministerio de la Gobernación hasta el momento, que de toda la publicidad posible á tan importante documento, y que por cuantos medios sugiera á V. S. su celo, procure conservar el orden público y sostener a todo trance la autoridad constitucional del gobierno de la Reina que V. S. representa en esta provincia, y en la inteligencia de que los consejeros responsables de la corona saldrán hacer que el trono y la ley fundamental del Estado, á que todos debemos obediencia, sean escrupulosamente respetados y obedecidos, y exigirán la mas estrecha responsabilidad á los funcionarios públicos que bajo cualquier pretexto dejen de cumplir con tan sagrada obligación.

Lo que se hace saber por medio del *Diario de Avisos* de esta capital para conocimiento de los habitantes de la misma, con inserción del acta que se cita. Madrid 2 de diciembre de 1843.—Manuel de Mazarredo.

Leemos en el *Standard*, uno de los órganos del gobierno inglés:

«Se dice en algunos salones de la corte que S. M. ha expresado la intención de hacer una visita al rey de Prusia en Berlin al fin de la próxima estación, para darle gracias por haber asistido al bautismo del príncipe de Gales.

«S. M. se propone, si las circunstancias son favorables, ir desde Berlin á París. Este último viaje será mas probable, si como se dice Luis Felipe viene dentro de dos meses á Londres. Se dice que en la actualidad se está construyendo en Francia un yacht de vapor para esta ocasión; porque el barco del duque de Nemours, estando destinado al servicio de la Marina, no presenta ningun adorno digno de tan augusto pasajero.

Noticias de Cataluña.

(Gaceta de ayer.)

PARTES RECIBIDOS EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA.

El general en jefe del ejército de Cataluña con fecha 24 de noviembre trasladó á este ministerio el siguiente parte del conde de Reus, fecha 22. Anoche entre ocho y nueve hizo el castillo contra la villa bastantes disparos de artillería de 24, sin causar daño. Sobre esta ocurrencia se han propalado va-

rias especies, entre otras el favorecer la salida de Martell. En la tarde de hoy han salido casi todas las fuerzas del castillo en las diversas direcciones de los bosques que lo circundan, sin intentar ataque alguno: el objeto fue sin duda proteger un ganado y corte de leña. He salido con tres compañías de guías y los he obligado á retirarse á su guardia, dejando dos prisioneros traidoramente: ademas se ha presentado un nacional.

El general en jefe del ejército de Cataluña, con fecha 27 de noviembre trasladó el parte que el conde de Reus le dirigió con la del 25 del mismo, en que manifiesta que al anochecer del día anterior trataron los enemigos de sorprender la compañía de los Hostalets, titulándose Guadalajara; mas no lo consiguieron por la vigilancia de sus soldados que huyeron á los rebeldes, logrando se evadiesen de ellos tres soldados de Almansa y un carabnero; que en la tarde y del 28 hicieron varios disparos contra Hostalets, sobre la villa granadas. El país se va reanimando, y espera un porvenir feliz.

El general en jefe del ejército de Cataluña, con fecha 25 de noviembre trasladó el parte que con la del 25 le dirigió el conde de Reus, diciendo que á las dos de la tarde salieron del castillo los sediciosos en fuerza de unos 2,000 hombres, estendiendo guerrillas y rompiendo un fuego bastante sostenido de cañon y obus sobre la villa y demas direcciones ocupadas por sus tropas. A las tres redoblaron el ataque sobre Figueras, efectuándolo al mismo tiempo, y con empeño, sobre tres casas de la derecha de la villa sobre Villafan, ocupadas por tropas de su mando, que en todas partes han sido rechazados, saliendo los soldados de los parapetos y casas para es-

carmentarlos. Que á aquella hora mandó marchar las tres compañías de guías á Hostalets por si los facciosos empeñaban ataque sobre este punto, y él se dirigió á Figueras con las compañías de preferencia de Guadalajara y 69 caballos; que observado su movimiento por el enemigo al llegar á la villa empezó á ceder en todas partes el fuego, guareciéndose los rebeldes en el recinto del castillo, y dirigiéndose á las casas atacadas de la derecha y á Villafan, observó en todas partes con orgullo el entusiasmo de sus valientes infantes de todos los cuerpos, que dieron una lección á los bandidos aquella tarde. Las casas de Figueras que se hallan situadas en primera linea han sufrido bastante de la artillería enemiga.

La pérdida de los facciosos es de consideración, sin que pueda en el momento manifestar la suya por lo diseminados que se hallan los cuerpos. Que ha regresado por Figueras á su cuartel general despues de las siete, habiéndole avisado estrajudicialmente la llegada á Perpignan de varios corifeos de la junta de Barcelona.

PARTIE INDIFERENTE.

Gaceta de la capital.

Los transparentes colocados en diversos puntos que se han adornado para los festejos de la mayoría de S. M. contienen los versos que copiamos á continuación.

En la Imprenta Nacional.

En las fajas que sostienen los genios que están sobre los medallones, se leen los siguientes lemas:

Sobre la figura de la derecha que representa la Paz

Si una Isabel desarrolló la imprenta:

Sobre la de la izquierda que representa á la Libertad.

Tu nombre ¡oh Reina! su esperanza alienta.

En el tarjetón en medio el siguiente cuarteto:

Roto en pedruzcos mil, en cien escombros

Revelado estaba el trono de sus reyes;

El pueblo lo juró: sobre sus hombros

A él te ensalza Isabel; guarda sus leyes.

Al pie de la figura Paz, las siguientes quintillas:

Cese ya la marcial trompa

De alarmar nuestros oídos;

Y entre la guerrera pompa

No mas el ambiente rompa

Con sus helicos sonidos.

Quede, Isabel, aterrado

El que guerra busque, audaz;

Y prospero, afortunado

Dilátase tu reinado

En el seno de la paz.

Y al pie de la figura Libertad, las siguientes:

Nunca en alma envilecida

Cupo verdadero amor,

Jamás el pecho á la herida

Presentó, ni dió la vida

El siervo por su señor.

Por sus derechos derrama

Su sangre el libre, es verdad;

Pero á sus monarcas ama,

Y hoy con jubilo proclama

Isabel y Libertad.

En la fuente de Isabel II.

La primera Isabel regocijada

Hoy te transmite ¡oh Reina! su aureola

Tejida con los lauros de Granada

Y la palma inmortal de Gerinola.

En el confuso horror de noche oscura

El civil huracan bramó con saña,

Y en la tormenta, el iris de ventura,

En tu frente, Isabel, miró la España.

La injusticia, el terror, el odio insano,

Que á los feroces despotas rodean,

No usarán acercarse al trono hispano,

Cuando alzado sobre él un ángel vean.

Puede ¡oh Reina! tal vez á un pueblo entero

Arrancar el terror aclamaciones,

Mas siempre el entusiasmo es verdadero

Cuando sale de libres corazones.

En el monumento de la plaza Mayor.

Dos lustros son que alzando su estandarte

Aquí juró tu pueblo entusiasmado

En el trono de España colocarte

Cuando llegara el término anhelado;

Mas impaciente ¡oh Reina! por mostrarte

De su pecho el amor acrisolado,

Hoy, abreviando el plazo de las leyes,

Pone en tu mano el cetro de sus reyes.

Si bajo el cetro de Isabel Primera,

Llevamos los pendones de Castilla

Triunfantes ya de la morisca fiera,

A la remota americana orilla;

Hoy que de sus virtudes heredera

Ocupas, Isabel, la régia silla,

Dios guarda para ti mas alta hazaña,

La union, la paz, la libertad de España.

A ultima hora.

Se sigue trabajando eficazmente en la composición del ministerio. Anoche se reunieron en la secretaría de Estado los Sres. D. JUAN JOSE CARRASCO, marqués de PEÑA-FLORIDA, MAYANS, MAZARREDO y PORTILLO, que son los que, al parecer, compondrán el gabinete. Es de presumir se conferenciase sobre puntos de gobierno, pero creemos que nada se haya acordado todavía.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO.

EDITOR RESPONSABLE, G. RAMIREZ.